

NOTAS

LA ASUNCION DE MARIA

Por Monseñor Félix Henao Botero

Cuando el Romano Pontífice Pío XII definió ex-cátedra el dogma de la Asunción, debajo de la Loggia de Bernini como dosel, sentado en el trono pontifical y al frente de los obispos, cardenales y millares de católicos exultantes, no surgió un nuevo dogma, como dijo casi toda la prensa y comentaron numerosos apologistas del clero y del laicato. No hay dogmas nuevos; los dogmas terminaron de ser revelados con la muerte de San Juan el último superstite del Colegio Apostólico. Es lo mismo un dogma que un dogma definido: el primero se conserva en el tesoro del magisterio disperso infalible y el segundo es ese mismo misterio dogmático propuesto y definido solemnemente como tal por el Pontífice Romano o por el Concilio Ecuménico.

Entre todos los dogmas definidos por la autoridad infalible de la Iglesia, ninguno ha tenido un asentimiento más clamoroso y universal de parte de la Iglesia docente y de la Iglesia discente, que el de la Asunción o Tránsito de Nuestra Señora a los cielos. Contra la divinidad de Jesucristo se levantó Arrio con todos sus obstinados secuaces; contra la maternidad divina de María rugieron los nestorianos; contra la infalibilidad del Papa se organizaron las sectas masónicas y los católicos contemporizadores del espíritu del siglo. El Dogma de la Asunción de María recibió la previa aceptación del episcopado, las órdenes y comunidades religiosas, los claustros universitarios católicos, la acción católica de todas las comarcas, el laicado, las organizaciones de profesionales y sindicatos creyentes, y hasta no pocas sectas separadas de la vid. Gentes desprevenidas en materia religiosa, vieron con cierto asombro y hasta con simpatía la definición dogmática, atraídos quizás por una verdad que era al mismo tiempo una fuente de esperanza y de hermandad en la familia humana dilacerada por dos guerras mundiales, en cuyas cenizas, ardiéron como escombros los fatídicos postulados del anti-clericalismo, la masonería y el positivismo, hijos de la revolución francesa, incapaces de secar una sólo lágrima ni de consolar a los tristes. Aún desde el punto de vista meramente humano fue mirada con satisfacción la exaltación de una mujer, la más tierna, la más sensitiva, la más delicada, la más femenina, la más pura, la más solícita de las mujeres que atrae las muchedumbres con singular ardentía como madre del hombre enfermo, de la historia en tragedia y del Hijo del Padre Omnipotente y Providencia.

Notas

Tradición antigua

Según venerables tradiciones, el primer templo elevado en homenaje a la Asunción fue erigido por un discípulo de San Pedro, el cual lo edificó sobre escombros gentiles del templo de Diana, en las cercanías de la ciudad santa. Hacia dichas naves consagradas quizás por el pontífice hierosolimitano, acudían romerías incipientes de la primitiva cristiandad, otras veces los perseguidos simultáneamente por los pretores, los cónsules y los escribas. Hasta su penumbra, iluminada por el aceite de Hebrón o de Bethania, llegaron modestos discípulos con ramas de terebintos y las flores del asfodelo, al despuntar el alba en las colinas del Monte Escopo o en las lejanías del Nebo misterioso.

Los nombres con que las antiguas iglesias cristianas bautizaron la Asunción de María, fueron: Koinesis o traslado, dormición, ensueño, estadía perfumada y transitoria. Recogieron de los apóstoles la emocionada descripción del triunfo después de tres días de reposo en el sepulcro afortunado.

El lugar del sepulcro de María, venerado hoy por los católicos y los griegos separados, por los abisinios de piel de ébano y por los musulmanes tostados por las arenas del desierto y aún por los mismos israelitas, se conserva en Jerusalén. Esta localizado en el camino que va de la ciudad, pasando por el torrente Cedrón, camino del Olivete y de Betania, custodiado con ternura por los padres asuncionistas. Data la Iglesia del siglo V y de ella hace clara mención Teodosio, lo mismo que el breviario de aquellas remotas cristiandades. La riquísima y venerable iglesia bizantina fue arrasada por las hordas de Aladino sin que la cimitarra victoriosa se atreviera a profanar la venerable imagen de Nuestra Señora, glorificada en la sagrada representación de su Asunción gloriosa a los cielos.

No es, sinembargo, idéntico el lugar de la dormición y el del tránsito de Nuestra Señora. Demora el último en las cercanías del V Cenáculo y su templo ya existía desde el siglo sexto según testimonio irrefragable de Sofronio. Ambos templos erigidos devotamente por la primigenia cristiandad fueron arrasados por los otomanos. Hoy día se yergue majestuosa la basílica de la Asunción, más esplendorosa que la antigua iglesia bizantina y fue erigida por los padres alemanes en el lugar obsequiado por el Kaiser. Hermosos ejemplos de un Emperador protestante para estos protestantes de la América Latina sin cultura histórica ni cultura religiosa. Es inconcebible la vacuidad de los hijos de Lutero que merodean en estas tierras latino americanas, trayendo en sus alforjas sofismas como dogmas, el odio a Roma como antorcha y el desprecio a las tradiciones que heredamos como riquísima cultura de los descubridores, de los conquistadores y de la totalidad de nuestros próceres.

Es igualmente testimonio irrecusable el que ningún comentarista, exégeta, ni teólogo o historiador; ningún templo, abadía o monasterio, ermita ni catedral, haya sostenido jamás poseer alguna reliquia de Nuestra Señora. El argumento cobra valor inusitado si recordamos que podemos venerar las reliquias de la Pasión en Roma, en Jerusalem o en la santa Capilla de París; las reliquias de los príncipes de los apóstoles en S. Pedro del Vaticano o en S. Pablo fuera de los muros; los restos mortales de Santa Cecilia inmolada en las Catacumbas por sostener el dogma de la Trinidad; los de San Esteban, diácono y protomártir; los de San Ignacio mártir; los de Santiago apóstol, de San Ireneo y San Efrén apolo-gistas de María; y sinembargo sería inconcebible que los apóstoles que le rindieron culto de hiperdulía y los discípulos de los profetas que la veneraron en su vida

Notas

mortal en las faldas del Carmelo, no hubieran conservado parte alguna del cuerpo de María. Su cuerpo no vió la corrupción como preservada del pecado original y brotó como crisálida del sepulcro sin perder en la dormición la suave fragancia de su ser, la integridad inmaculada y el perfume de sus virtudes. Era demasiado celestial el sagrado cuerpo de Nuestra Señora, había nutrido con su leche virginal los divinos labios y no podía desintegrarse la que era arca de la Nueva Alianza, tabernáculo de la divinidad, santuario del Verbo divino.

Tischendorf, hipercrítico excesivo y pesquisidor temible en las fuentes tradicionales para averiguar su autenticidad, ha escrito sin embargo: "Todas aquellas fuentes antiquísimas coinciden en admitir la muerte y resurrección de la Madre de Dios; en todas ellas nos manifiestan el tranquilo convencimiento de los apóstoles y discípulos, aleccionados por la señal manifiesta de testigos presenciales al verla radiante y triunfadora en el orto del sepulcro".

San Germán de Constantinopla resume el pensamiento ortodoxo del antiguo Oriente cristiano, en el panegírico iluminado y filial: "Imposible fuera que permaneciese encerrado en el sepulcro de los muertos tu cuerpo virginal, vaso de Dios, ya que el Señor recibió de Tí la carne que nos libró de la corrupción de la muerte". Y continúa el apologista enardecido de María: "Cómo hubiera podido sufrir que se disolviese en el polvo la carne que te dió el ser de la Encarnación, tú que la hiciste llena de gracia, aún de las gracias y carismas de la resurrección y del tránsito? Ciertamente que la muerte no podía alabarse de poseerla hasta el fin de la consumación porque ella llevó en su seno la Vida".

Del mismo Oriente surge el Estudita quien arguye exultante: "Ahora que poseés la inmortalidad bienaventurada, levanta hacia Dios, por la salud del mundo, esas manos que llevaron a Dios. Hoy celebramos, agregaba, el sueño de la Madre de Dios, su resurrección y exaltación. He aquí que su vida deja hoy esta tierra de muerte. Elévase al cielo esta Virgen que es el misterio de los cielos, la admiración de los ángeles, la honra de nuestra estirpe, la esperanza de los fieles, un tesoro sin comparación, mayor que todos los tesoros del mundo. Dejando este mundo mortal a los mortales, vase ella a la vida misma que engendró".

La tradición está conforme

Concuerdan los padres latinos con los griegos en la aceptación del glorioso Tránsito de Nuestra Señora. El misal gótico es diáfano y sugestivo: "Aquella cuyo nacimiento nos ha colmado de gozo, cuyo alumbramiento nos ha llenado de indecible alegría, nos glorifica con su Tránsito".

"Hay un encadenamiento admirable, escribía Bossuet, entre los dogmas del cristianismo y el de la Asunción de Nuestra Señora, el cual tiene una relación particular con la Encarnación del Verbo. Porque si la divina Señora recibió al Salvador Jesús, justo es que el Salvador reciba a su vez a María bienaventurada; y no habiendo desdeñado descender a ella, debía llevarla a sí para hacerla entrar en la gloria". Del tiempo de Carlo Magno data aquel completo tratado acerca del dogma de la Asunción cuyo contenido es la síntesis afortunada de la literatura mariana occidental: "El Trono de Dios, la morada que habitó Cristo, debe estar allí donde Cristo habita. El cielo y no la tierra debe guardar tan rico tesoro".

"La maldición escribía el doctor Angélico, fue común a los hombres y a

Notas

las mujeres y convirtió en ceniza el cuerpo de los mortales. Solo escapó la que en su cuerpo fue llevada al cielo, envuelta en una nube de deseos sagrados, agrega el Aguila de Meaux”.

La torre de marfil, el Arca del Testamento, la sede de la sabiduría, aquélla cuya apología tejió Dios al llamarla gracia plena, no podía carecer de la aureola de las gracias: la resurrección coronada! Madre, esposa e hija de las divinas Personas, arquetipo de las obras del Altísimo, emperatriz de la creación, no podía pagar tributo a la tierra que brota espinas y abrojos por la caída de origen.

Nuestra tradición americana es constante

A nosotros nos llega la tradición mariana por el copioso caudal de la raza, de la lengua, de Covadonga, del Pilar, de Granada y de Monserrate. Colón rezaba en los mares ignotos el cuarto misterio del rosario con sus marinos heróicos, y al ondear el estandarte de la Virgen sobre los mástiles de la Santa María, las tres carabelas saludaban al unísono a la Reina de los mares. América nació mariana al clavar el gran Almirante, junto a los pendones castellanos, el estandarte de la Madre de Dios. Balboa descubrió el mar del sur y Magallanes lo navegaba en el Antártico, mientras los marineros la invocaban como estrella matutina. Jiménez de Quezada, licenciado y caballero cristiano, componía salmodias y plegarias para ser recitadas en la primera capilla de Santa Fe, como lo narra complacido Fray Pedro Simón el historiador de la Conquista, y tejía igualmente pláticas fervorosas en honor del misterio del Tránsito de María.

Murillo fue el artista de la Asunción, a quien seguían por estos lares Arce y Ceballos en Colombia, Legarda y Caspicara en el Ecuador y las escuelas de imagineros en Santa Fe de Antioquia, Envigado, Pamplona y Bogotá. Aquellos imagineros barrocos labraban con amor efigies arrebatadas en la controversia, como una llama de amor viva.

En Sopetrán y en Copacabana, en la Asunción del Paraguay; en los flancos del Misti y del Illimani; en numerosas aldeas calcinadas del litoral; en los Andes y en las pampas, la imagen de la Asunción sintetiza para los doctrieros y párrocos las victoriosas promesas del Génesis y la epopeya gloriosa del Apocalipsis. Nosotros los hispánicos no concebimos la Inmaculada sino en torno a las inmaculadas de Murillo en su Asunción gloriosa, rodeada de los ángeles, desplegada al viento su blonda cabellera, el manto azul como alas, coronada de estrellas su cabeza y a sus plantas virginales quebrantada la cabeza de la serpiente. Ella ha sido el consuelo del indio, la devoción del mulato, la alegría del criollo, el aliento de los conquistadores, el escudo de los próceres, la antorcha de los claustros, el tema de los apologistas, el motivo de las pastorales, el canto de nuestros líricos, égloga cautivadora de no pocos poetas americanos, el llanto amoroso de aedas arrepentidos, la argamasa de nuestras nacionalidades, el aglutinante de la familia americana. Desde El Tepayec a Chiquinquirá, desde Copacabana en Bolivia hasta los prados de Luján, la Virgen gloriosa Inmaculada y Asumta, ha recibido las espadas de Cortés, de Quezada y de Pizarro y las victoriosas espadas de Sucre, Belgrano, O'Higgins y Bolívar, próceres creyentes. Colombia fue consagrada por el Prelado de Santa Fe a la Asunción Inmaculada cuando Nariño entraba victorioso.

Somos católicos y marianos por una tradición teológica de la raza, escribió y con histórica certidumbre don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Notas

LA JERARQUIA FRANCESA Y EL ARTE SAGRADO

Consultada sobre lo que se llama comúnmente hoy *la querrela del Arte Sagrado*, la Comisión Episcopal de Pastoral y Liturgia de Francia, cree útil precisar algunas directivas que parecen esenciales en esta materia:

I. — Como todo arte, y tal vez más que ningún otro, la Comisión reconoce que el Arte Sagrado es *viviente*, y que debe corresponder al espíritu de su época, lo mismo que a su técnica y a sus materiales.

II. — No puede menos de alegrarse al ver que artistas contemporáneos de los más famosos, sean invitados a trabajar en nuestras iglesias, y que ellos mismos acepten gustosos.

III. — Esta comisión anhela que estos artistas sepan impregnarse de espíritu cristiano, sin lo cual no estarían a la altura de su misión. Qué obra de Arte Sagrado puede pretender la perfección en su género sin la inspiración de la fe?

IV. — Deben estar convencidos de que, cuando se trata de santos o temas religiosos, no es lícito en su ejecución presentar deformaciones que podrían chocar al pueblo fiel, y aparecer a los profanos como indignas de las personas o de los misterios representados, y aún injuriosos para ellos. Que se recuerde sobre este punto la declaración formal hecha por el Soberano Pontífice en noviembre de 1947, en la encíclica *Mediator Dei*.

V. — Además, deben recordar los artistas que, cuando trabajan en las iglesias, no actúan en un cenáculo cerrado. Por lo tanto, sus obras deben ser comprensibles para el conjunto de los fieles, sin que sea necesario para ello darles largas y eruditas explicaciones; así, la decoración podrá fácilmente contribuir a edificar e instruir a cuantos frecuentan el lugar sagrado. Santo Tomás define lo hermoso: *Quod visum placet*.

VI. — Además, si bien está permitido a un crítico cristiano expresarse libremente sobre la cualidad de las obras a las cuales tiene el derecho y el deber de juzgar, deberá respetar las directivas de la Jerarquía y las personas de los artistas y de los críticos que podrían diferir de opinión. *De gustibus et coloribus non est disputandum*, dice el viejo adagio.

VII. — Por otra parte, la crítica del Arte Sagrado debe, como toda crítica, basarse en un verdadero esfuerzo de comprensión hacia aquellos a quienes se critica.

VIII. — Asimismo, en materia tan compleja y delicada como el Arte Sagrado, los críticos cristianos, sea cual fuese la tendencia a que pertenecen, deben ser siempre los más comprensivos y suaves, y evitar los juicios absolutos, descorteses, masivos y sin apelación, y procurar —en conversaciones pacíficas con los otros críticos, artistas y personalidades que utilizan sus servicios— precisar sus inspiraciones y expresiones.

Notas

IX. — Finalmente, es necesario siempre tener en cuenta que un arte nuevo, en oposición con las costumbres y prácticas vigentes, por lo general no podrá ser plenamente comprendido o apreciado, sino con una cierta perspectiva en el tiempo; y que una obra de arte no puede ser juzgada sino sobre el lugar, en su ambiente y en su luz, particularmente si se trata de una obra decorativa.

X. — Quede bien aclarado que la Comisión reconoce gustosamente que toda una producción llena de amaneramiento, falta de vida y de nobleza, debe ser progresivamente desterrada de nuestros santuarios, en los cuales es con frecuencia motivo de vergüenza.

XI. — Al expresarse así, la Comisión cree interpretar el pensamiento del Sumo Pontífice, que recomienda a los obispos *aclarar* la inspiración de los artistas (a quienes será confiado el cuidado de restaurar y reconstruir tantas iglesias dañadas o destruidas por las violencias de la guerra) y dirigirlos *en el espíritu y la línea de las enseñanzas pontificias*: “*Puedan y quieran los artistas, bajo la inspiración de la religión, encontrar modos y motivos artísticos que respondan más digna y convenientemente a las exigencias del culto; así se obtendrá que las artes, como si viniesen del cielo, felizmente resplandezcan con serena luz y contribuyan a la gloria de Dios y santificación de las almas. Porque las artes están realmente conformes con la religión, cuando sirven “como nobles doncellas al culto divino” - Mediator Dei (20 de noviembre de 1947).*

SOBRE EL PROBLEMA OBRERO

Por Rafael Lema Echeverri

Pocos colombianos tienen una visión tan exacta, tan precisa y tan lúcida del problema social en Colombia como Monseñor Félix Henao Botero, Rector Magnífico de la Pontificia Bolivariana de Medellín. La charla que el insigne varón ofreciera el jueves último a los universitarios e intelectuales de Manizales, confirma esta afirmación nuestra. Monseñor Henao Botero demostró tener, no sólo un dominio completo de la doctrina social del catolicismo, sino un conocimiento admirable del problema obrero en Colombia. Siguiendo la directiva pontificia, el Rector de la Bolivariana demostró cómo entre nosotros el problema social ha tenido un planteamiento falso. Nuestro Código Sustantivo del Trabajo consagra un mínimum de prestaciones para los obreros y campesinos. Aquellas prestaciones son en realidad de justicia, se le deben al trabajador como persona humana que es. Ello implica un reconocimiento de su dignidad, de su condición de criatura de Dios. De manera que aquel estatuto tiene un contenido ontológico y sus disposiciones trascienden. Sin embargo, este contenido ontológico y esta trascendencia no están allí en su vigorosa plenitud católica, porque la prestación tiene un objetivo individual simple. No está dirigida a lo que constituye el núcleo de la sociedad, el germen del Cuerpo Místico, es decir, la familia. El salario, la cesantía, la prima, son para el trabajador en forma directa. No para el trabajador y su esposa y sus hijos. De manera que al salario, a la cesantía y a la prima, les falta contenido familiar, o sentido familiar, para ser más exactos.

Quienes tenemos una experiencia sobre ello, podemos dar testimonio de cómo la prestación social se dilapida en Colombia. Ella no sirve sino para la fran-

Notas

cachela y el vicio. Se hace necesario que, como lo solicitó el mismo Rector de la Bolivariana a la CEC, se consagre una reforma constitucional que le dé a la cesantía, al salario, a la prima, un sentido familiar. Hay que darle una protección al trabajador. Ello es cierto. Pero también a la esposa y al hijo. El preciso que aquellas prestaciones lleguen directamente al hogar y lo dignifiquen, lo exalten, lo rodeen de prosperidad, de sencillez y de júbilo. Una reforma en este sentido, es lo que está necesitando el trabajador colombiano.

La verdad es que como lo expuso Monseñor Henao Botero, el sindicato no soluciona el problema. Y lo que es más grave todavía: la complica, porque los líderes sindicalistas, con una visión falsa de los problemas obreros, se limitan a pedir alza de salarios para los trabajadores organizados. De manera que el obrero, al pedir más salario para él, se coloca en el mismo plano en que se coloca el capitalismo. Procede con un criterio egoísta, ajeno a la entraña del problema que le toca afrontar. Desde luego, la culpa no es del obrero mismo, sino de los líderes que lo inspiran. No se da cuenta de que lo que necesita no es una alza periódica de jornales, sino otra cosa bien distinta: que ese jornal, lo mismo que la prestación que trae consigo, tengan un sentido familiar, que es precisamente lo que enseña la doctrina católica.

Por aquí es por donde hay que enfocar el problema obrero en Colombia. De ahí la importancia de las tesis sentadas por Monseñor Henao Botero, durante su reciente visita a Manizales. Esas tesis necesitan mayor difusión. Su charla, que estaba dedicada a un grupo de intelectuales y universitarios, debe ser conocida por todos los obreros y empresarios de Caldas. Allí hay muchísimos puntos que invitan a la reflexión y que podrían abrirle camino a rectificaciones muy saludables.

ABEL NARANJO VILLEGAS

El nombre que encabeza esta glosa no necesita una presentación en estas páginas, pues pertenece a uno de los exponentes intelectuales colombianos de a-hora de quien en verdad la Universidad Pontificia Bolivariana se honra contándolo entre sus fundadores. Porque Abel Naranjo Villegas, en los días primordiales de esta casa de cultura, fue timón y acicate, emoción y cauce para la cristalización de un empeño que todavía conserva —pése a su inmoderado crecimiento— el espíritu inicial y el soplo primigenio que los fundadores le otorgaron como sello de eternidad en su empeño rector de las juventudes colombianas.

Y después, no importa que otros afanes y otras inquietudes lo hayan separado en el espacio —no en el espíritu— de estos claustros que son suyos, ha seguido con lealtad ejemplar el curso ascendente de esta su Universidad, y con ella ha compartido alegrías y fatigas, tropiezos y éxitos, sin mermar en el fervor ni en la amistad.

Esta Revista, de manera especial, se honra con sus periódicas colaboraciones, tan densas en su fondo como bien logradas en su léxico. Por estas páginas que son suyas —él bien lo sabe— ha paseado la maravillosa teoría de su inteligencia en sesudos ensayos que abarcan temas vitales para el estudioso, desde los más hondos de carácter filosófico hasta los muy buidos y sagaces de la sociología y el arte. Porque en la polifacética cultura de Abel Naranjo Villegas hay campo y tiempo, amor y saber para todo, desde la elucubración jurídica hasta la glosa intelectual; en su haber libresco hay ya obras suficientes para situarlo en-

Notas

vidiamente entre nuestros más logrados valores intelectuales no sólo por su estilo que es brillante, sino por la hondura y madurez de sus pensamientos.

En muchas posiciones, altas, bien merecidas para quien es señor de la inteligencia y de la patria, ha aparecido su parca silueta siempre con empeños nuevos y con bizarro deseo de servir. Ahora —tan alto galardón bien que se lo merece— ha sido nombrado Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Colombia. Allá llevará él su talento, su comprensión, su inquietud, su capacidad rectora, su fe admirable en la juventud, su apego sin pausas a los valores tutelares de la nacionalidad. Y allá seguirá siendo bolivariano —para su propia satisfacción y nuestra honra— porque entre la suma de sus atributos, la lealtad ha sido para él dilecta prenda.

DE NEWMAN A GRAHAM GREENE

Por Ernesto Segura

Si hubiéramos buscado hace cien años un católico en Inglaterra, luego de inquisiciones bastante laboriosas —ya que constituían apenas el dos por ciento de la población—, habríamos terminado por encontrar lo siguiente: un noble terrateniente típicamente inglés, trajeado de *sport*, las mejillas arreboladas de *whisky* y habitualmente consagrado a la caza en alguna lejana propiedad rural; o un pintoresco jornalero irlandés, dedicado a los más humildes menesteres en los suburbios de alguna gran ciudad; o un joven pálido y delgado, de inconfundible aspecto universitario y refinado acento de Oxford. Descendientes de los antiguos católicos, inmigrantes irlandeses y convertidos del "Movimiento de Oxford": tales eran los tres sectores de la población inglesa en que era posible tropezar con un católico. Si en algo coincidían estos tres sectores, totalmente incomunicados entre sí, era en el común alejamiento (casi hostilidad) del auténtico ambiente en que se desarrollaba la vida cultural, política y económica de Inglaterra (1).

Numéricamente bordeaban el medio millón, para una población de algo más de veinte millones de habitantes. Eran pues una minoría, pero una minoría oscura y desconocida, disminuída aun más por un complejo de inferioridad creado por tres siglos de persecución, desprecio y sistemática exclusión de la vida inglesa. Privados de toda clase de derechos, aislados en sus respectivos *ghettos*, los católicos habían terminado por resignarse y acostumbrarse a ver en la Iglesia Anglicana —esa institución majestuosa y extraña, a mitad de camino entre el catolicismo y el protestantismo— a la heredera de sus más antiguas y gloriosas tradiciones. Todas las grandes creaciones del genio y la cultura inglesa eran católicas: monasterios, catedrales, tradiciones, derecho, parlamentos, gremios, etc. Todo era el resultado de un milenio de civilización cristiana llevada a las islas por los monjes enviados desde Roma. Y, sin embargo, nada de eso pertenecía ya a los escasos y oscuros *papistas*, convertidos en extranjeros apenas tolerados dentro de su mismo país.

(1) — Una cuarta categoría de católicos se añadió después: los religiosos expulsados de Francia por las leyes anti-clericales y un cierto número de inmigrantes italianos y franceses, pertenecientes a las clases sociales más humildes.

Notas

Hoy, a cien años de distancia, un cambio notable se ha operado en esta situación. Cuantitativamente, han pasado de los cuatrocientos mil a los cuatro millones y medio; representan el diez por ciento de la población. Pero una transformación más admirable se ha llevado a cabo en la calidad. Siguen siendo una minoría, pero ahora una minoría conocida, respetada y hasta en muchos casos admirada (cuando no envidiada por más de un anglocatólico, nostálgico de liturgia y de romanidad). Han invadido casi todos los sectores de la población. Cuentan en sus filas, no sólo multitud de profesionales, industriales y hombres de negocios de reconocida influencia, sino también personalidades que integran la *élite* espiritual de Inglaterra y aun del mundo entero, en una proporción “desproporcionada” al número de fieles que las integran. ¿Qué país con cuatro millones de católicos puede presentar en un sólo siglo tres personalidades de universal renombre como Newman, Chesterton y Belloc? ¿Qué comunidad católica ha podido reunir en tan breve lapso obispos como Wiseman, Manning y Hinsley; poetas como Patmore, Hopkins y Thompson; historiadores como Hollis y Dawson; novelistas como Baring, Cronin, Graham Greene, Waugh y Burt? Estas *presencias* en el campo del pensamiento contemporáneo, hablan con mayor elocuencia que las cifras, de la profunda vitalidad del catolicismo inglés y de su extraordinaria importancia, ya que muchos de estos escritores se cuentan entre los más leídos del mundo. Es natural que el origen y desarrollo de un movimiento espiritual de tal envergadura despierte la atención de los católicos de otros países y excite la curiosidad general; creo provechoso tratar de satisfacerla con esta especie de radiografía del catolicismo contemporáneo en Inglaterra.

I. — *Los antiguos católicos*

A comienzos del siglo XIX los únicos católicos ingleses eran los descendientes de las escasas —y por lo general nobles— familias que permanecieron fieles a la Iglesia de Roma en los días tempestuosos del Cisma Anglicano. Aunque pertenecientes a las más linajudas familias, como los duques de Norfolk, de hecho, sobre ser sumamente escasos —unos cuarenta o cincuenta mil— su mismo carácter de católicos los mantenía al margen de la vida inglesa. En lo intelectual, les estaba vedados por parte de las autoridades eclesiásticas los estudios superiores, pues parecía imposible frecuentar las universidades protestantes sin perjuicio de la vieja fe (2). En lo político, su misma fe les cerraba el camino de los cargos públicos. Los “papistas” no podían ser electores ni elegidos, y sólo hacia 1800 habían alcanzado algo de libertad en el ejercicio mismo de su religión (3).

(2) — Hasta el fin de su vida Manning se opuso a que los católicos frecuentaran las universidades inglesas, por temor “de ver transplantado a la Iglesia católica el viejo espíritu anglicano de Oxford”.

(3) — Recién en 1828, después de una ruidosa campaña electoral O’Connell —electo diputado— se negaba a prestar el juramento de práctica, según el cual “la misa y la devoción a la Virgen y los Santos son cosas impías e idolátricas”; y en 1829 conseguía el *bill* de emancipación de los católicos, según el cual todo católico que jurase fidelidad al rey, estaba capacitado para desempeñar cargos públicos, con muy pocas excepciones.

Notas

Firmes en la fe tradicional, pero de escaso espíritu misionero, eran —dice Burns (4)— “gente de campo, liberales y de vida austera, con una sólida base de religiosidad, pero con poco bagaje intelectual para defenderla y sin ningún deseo de expresarla, ni esperanza alguna de que nadie se convirtiera a sus creencias”. Repartían pues el tiempo entre la caza y el *whisky* y, como decía el arzobispo Matthew, “desconfiaban del sacerdote que fuera demasiado emotivo y entusiasta”.

II. — Los irlandeses

Dos años de sequía en Irlanda y la consiguiente pérdida de la cosecha de patatas, decidió a mediados del siglo XIX el comienzo de la lenta pero inexorable invasión de Inglaterra por los irlandeses. Tan firmemente católicos como inexorables enemigos de la “pérfida Albión” (sus motivos tenían para ello, pues seis millones de católicos habían soportado por tres siglos el más duro y cruel de los yugos bajo la minoría anglicana dominante en la “Isla de los Santos”), los irlandeses aportaron al catolicismo inglés su fervor y su número, pero no aumentaron de buenas a primeras su prestigio ni su influencia. Los primeros tiempos fueron duros para estos inmigrantes, que más bien que convertir a los ingleses, corrieron el riesgo de perder ellos su fe. Despreciados por la población inglesa, aislados en los tugurios obreros creados por la revolución industrial naciente, tuvieron que soportar toda clase de miserias. La opinión pública los identificó pronto con la Iglesia católica, y consideró cada vez más a ésta como a una secta sólo apropiada para gente de escasa cultura, chiflados o supersticiosos, en suma, para irlandeses, o para quienes merecían serlo, como esos oscuros inmigrantes italianos y franceses que comenzaban también a invadir —aunque en menor escala— la isla y compartían con los irlandeses los últimos estratos de la sociedad inglesa.

Sin embargo, como ocurre siempre con las corrientes inmigratorias laboriosas y tenaces —como ocurrió al mismo tiempo en Norteamérica con los mismos irlandeses y luego con los italianos y centroamericanos—, el nivel de estos católicos irlandeses fue mejorando rápidamente (5); algunos de ellos se dedicaron a los negocios y a la naciente industria, sus hijos frecuentaron los colegios y universidades; sus nietos acabaron por ocupar puestos de responsabilidad en la sociedad ambiente. Manning comprendió la importancia que para el futuro del catolicismo inglés tendría esta raza sufrida y tan hondamente católica, cuando decía (pese a ser él mismo refinado inglés y ex-ministro de la Iglesia anglicana): “He dejado de trabajar por el pueblo inglés, para trabajar por la ocupación irlandesa de Inglaterra”. Apoyado por estos irlandeses realizó Manning sus excursiones por el campo social, que tan popular lo hicieron y que lo convirtieron en el triunfante mediador de la huelga portuaria londinense de 1889.

(4) — Burns Thomas. *El Catolicismo contemporáneo en Inglaterra*. Ateneo. Madrid, 1952.

(5) — Bruce Marshall, en *El mundo, la carne y el Padre Smith*, y Henry Morton Robinson en *El Cardenal*, han demostrado risueñamente cómo los hijos de oscuros irlandeses o inmigrantes italianos han ido alcanzando, tanto en Inglaterra como en Norteamérica, elevadas posiciones, desde el cardenalato hasta el estrellato en el cine o en la radio.

Al revés de los anglocatólicos, los irlandeses sintieron verdadera devoción por la política. “En la lucha política, dice Burns, el irlandés está en su elemento, y el partido nacionalista irlandés de la Cámara de los Comunes transformó esta venerable institución en un manicomio, cuando el debate en torno a la autonomía irlandesa llegó a su apogeo” (6).

Consecuencia extraña —para nuestro modo latino de ver— de estas luchas políticas, fue la inclinación marcada de los católicos ingleses hacia los partidos de izquierda. Así como los antiguos católicos, pese a su elevada posición social, se unieron con preferencia al partido liberal, por reacción contra el partido conservador que les negaba sus derechos civiles y religiosos, así también los irlandeses, por su posición económica y como reacción contra los conservadores y liberales que les negaban su autonomía política, se sintieron siempre atraídos por el partido laborista (socialista, aunque sin el tinte antirreligioso que suele presentar entre nosotros). Fue así que cuando subió al poder por vez primera el partido laborista, figuraban en sus primeras filas varios importantes políticos irlandeses, que defendieron eficazmente los derechos católicos.

III. — Los convertidos del “Movimiento de Oxford”

El 9 de octubre de 1845 pronuncia su profesión de fe católica Juan Enrique Newman, “el hombre, dice John Campbell Shairs, bajo muchos conceptos más notable surgido en la Inglaterra del siglo XIX, y tal vez el más notable que la Iglesia anglicana haya producido en todos los tiempos” (7). Poeta, historiador, teólogo, periodista y orador incomparable, hoy todos están de acuerdo en ver en él a una de las más lúcidas inteligencias de estos últimos siglos. Universitario por excelencia y perfecto *gentleman*, condición indispensable para ser un perfecto inglés, Newman llegó a la Iglesia católica después de largos años de trabajo y estudio, conducido solamente por la honradez de su corazón y la poderosa luz de su inteligencia. Como diría Manning: “Newman se convirtió sin haber sido influido por ningún católico viviente, sin haber puesto los pies en ninguna iglesia, sin haber visto ni la sombra de un sacerdote católico”. No podía haber sido de otra manera, dada la situación del catolicismo en la Inglaterra de entonces. Por eso mismo, la poderosa experiencia de la conversión de Newman desbrozó un camino de Cantorbery a Roma, que fue seguido de inmediato por la flor y nata de la juventud oxomense. Ward, Faber, Oackley, Simpson, Lewis y más de trescientos *Clergymen* y graduados en Oxford acompañaron a su maestro en el camino de Roma, produciendo una revolución espiritual que Lecky pudo calificar como “el más importante acontecimiento en el orden de las ideas desde el tiempo de los Estuardos”, y Gladstone como “la victoria más importante conseguida por la Iglesia Romana en Inglaterra desde los tiempos de la Reforma”.

Tan ingleses como los antiguos católicos, y tan católicos como los inmigrantes irlandeses, los convertidos de Oxford reunían las dos cualidades que has-

(6) — Idid. Página 17.

(7) — Para lo relativo a esta gran figura y al apasionante movimiento de que fuera figura central, me permito remitir al lector a mi libro *Juan Enrique Newman y el Movimiento de Oxford*. Editorial Difusión. Buenos Aires.

ta entonces faltaban a los católicos ingleses: pertenecientes a profesiones liberales (profesores, médicos, abogados, clérigos, etc.) estaban en contacto íntimo con el ambiente e influían poderosamente en él; y siendo universitarios de honda vocación intelectual, rompieron el viejo prejuicio reinante, que identificaba el "papismo" con el cretinismo mental. Como diría humorísticamente *Punch* al serle impuesto a Newman el capello cardenalicio: "Solamente vos —y esto os lo debe agradecer el Papa— habéis conducido a Roma convertidos ingleses que saben pensar... En adelante, cuando a alguien le parezcan absurdos algunos de los dogmas que vos profesáis, tendrá que preguntarse cual de estas dos cosas es más probable: que vos creais un absurdo, o que él mismo sea un asno!"

Los convertidos de Oxford reconciliaron —en la medida de lo posible y paulatinamente— a la Iglesia católica con el ambiente inglés, mediante el influjo de su cultura, de su prestigio y de su calidad auténticamente inglesa. Iniciaron lo que hoy es ya una tradición gloriosa: el apostolado de las grandes escritores, particularmente laicos, que en todos los terrenos expusieron y defendieron la verdad católica. Hicieron posible en 1850 la restauración de la Jerarquía en la Isla. Vivificaron de tal manera el catolicismo de su patria, que bien pudo hablar Newman en su famoso sermón de 1851, de "*una segunda primavera de la Iglesia en Inglaterra*".

IV. — *La unión de los católicos*

Sólo la omnipotencia divina podía unir elementos tan heterogéneos como los antiguos católicos, los inmigrantes irlandeses y los convertidos de Oxford, y hacer de ellos una unidad recia y orgánica como la que hoy conocemos... Dios lo unió casi perfectamente, utilizando varias causas segundas, que trataré de analizar brevemente a continuación.

No hay duda que el primer aglutinante fue la misma necesidad de unirse para defenderse en medio de la persecución y menosprecio general de que eran objeto. Otro y muy importante, fue la restauración de la Jerarquía, que en 1850 constituyó a Wiseman arzobispo de Westminster, con doce sufragáneos; y la habilidad de estos mismos obispos para captarse la confianza de sus diversas clases de ovejas y ponerlas en mutuos contactos (8). Importante papel desempeñaron los religiosos y religiosas expulsados de Francia por el furioso anticlericalismo de Combes y sus secuaces. Hasta entonces, por falta de centros católicos de formación integral, eran raros los jóvenes que recibían una educación esmerada. Las grandes familias católicas ayudaron a las órdenes religiosas con donativos de edificios y fondos para construir escuelas y colegios, donde hoy cincuenta mil jó-

(8) — Hay que reconocer que la tradicional flema inglesa fue duramente probada por esta medida. Cuando en 1829 habían dado libertad civil a los católicos, lo habían hecho por considerarlos un grupo pequeño e inofensivo, que resultaba injusto no tolerar en un siglo en que se toleraba todo. Se permitía ser católico, como se permitía pertenecer a una secta de adoradores del sol: por puro espíritu liberal, confiando en que los beneficiarios del *bill* tendrían la decencia de no hacer sombra a la Iglesia establecida. De ahí la indignación producida por el nombramiento de un Arzobispo de Westminster. "Es como si el Papa, decía *The Times*, nombrara al director del *Tablet* (periódico católico londinense) duque de Smithfield". La habilidad de Wiseman y la simpatía de Newman disiparon pronto el enojo...

venes reciben una enseñanza media que puede compararse con las mejores del país. En esas aulas se nivelaron los grupos tan diferenciados; se conocieron mejor, y de ese conocimiento surgió el mutuo aprecio y también los matrimonios "mixtos". Pero no hay duda que lo que rompió en los católicos la "mentalidad de *ghetto*", los unió entre sí y los lanzó unidos a lo que hoy llamaríamos la conquista de ambiente, fue la actividad literaria de los convertidos; tanto de los del "Movimiento de Oxford", cuanto de quienes en sucesivas oleadas los siguieron.

Fruto de la impronta intelectual infundida por Newman al catolicismo de su patria, estos convertidos supieron analizar los elementos esenciales del "ser inglés" y descubrir las raíces católicas del alma y de la cultura inglesa. Resultó entonces que el ser católico era la más antigua y más perfecta manera de ser inglés. Como el viajero de Chesterton que sale a descubrir tierras desconocidas, y luego de dar la vuelta al mundo desembarca "armado hasta los dientes y hablando por señas" en la playa de Brighton, terminando por descubrir su propia patria, así todo inglés que zarpa en pos de la verdad, cuando luego de diversas aventuras espirituales descubre a la Iglesia católica, no hace más que volver a la iglesia de la infancia de su patria, la que infundió su cultura, su historia y su leyenda, la iglesia de San Agustín y de San Beda, de San Anselmo y de Santo Tomás.

Con su habitual clarividencia, Newman opinó que la tarea de reconciliar el ambiente inglés con la conciencia católica, debía ser encomendada a los seculares. Verdadero precursor de la Acción Católica, escribía hace un siglo estas palabras tan actuales: "Quiero un conjunto de seculares que no sean presuntuosos ni irreflexivos al hablar; que esté constituido por hombres que conozcan su religión, que la vivan, que estén perfectamente enterados de su situación, que sepan su doctrina y sepan dar cuenta de ella, que dominen la historia y así la sepan defender. Quiero seculares inteligentes... para extender el saber, cultivar la razón, discernir la relación entre verdad y verdad, aprender a ver las cosas como son, a fin de comprender de que modo la fe y la razón se relacionan". Esta fue la misión que trataron de realizar —y en gran parte realizaron— los convertidos ingleses. Animados por las enseñanzas, el ejemplo y el espíritu de Newman, invadieron todos los campos de la cultura, se atrajeron el respeto de los protestantes sinceros, rompieron el complejo de inferioridad de los antiguos católicos y se conquistaron muchas veces incluso la simpatía del pueblo inglés, siempre amante del "fair play" y dispuesto a premiar el mérito donde lo encontrara.

No faltaron al catolicismo inglés de este siglo grandes sacerdotes. Aparte de Newman mismo, nombres como los de Wiseman, Manning, Faber, Hinsley, y tantos otros bastan para aprobarlo. No hay duda que con su apostolado, su celo y su santidad, fueron raíz y sostén del pujante movimiento de conversos. Pero fueron los laicos los que ocuparon las filas de la vanguardia y ocuparon las primeras posiciones. Profesores como Acton, poetas como Patmore y Hopkins, ensayistas como Dawson, Hollis y Lunn, polemistas como Chesterton y Belloc.

V. — *La generación de Cherterton y Belloc*

Cherterton y su generación merece un párrafo aparte, no sólo por el talento extraordinario de sus componentes, sino porque su posición filosófica y teológica ante Inglaterra y ante el mundo, fue una revelación para sus contemporáneos. En momentos de depresión nacional y de pesimismo, Cherterton demostró

que la vida valía la pena de ser vivida y que el mundo era noble y hermoso, siempre que todo eso se considerara con ojos católicos; y que sólo la "vieja" Iglesia era suficiente garantía, ahora y siempre es la lucha por la libertad, la dignidad humana, la alegría y la paz. Chesterton en el optimismo del verdadero cristiano frente al pesimismo que acompaña a todas las herejías; es el equilibrio, la salud, el buen humor y el sentido común católicos, frente a las nebulosas y deprimentes construcciones intelectuales y sociales del liberalismo y materialismo de su época; es la alegría del Hijo de Dios que se siente libre en un mundo de esclavos, porque la verdad lo ha liberado de innumerables ataduras y convenciones (alegría mediterránea y católica que hizo reír durante mil años de catolicismo a la "alegre Inglaterra"...; alegría del vaso de vino, las canciones gollárdicas y las picarescas aventuras de las viejas hosterías inglesas, cosas todas tan caras para Chesterton y sus amigos...)

"Al convertirse al catolicismo, escribía yo mismo hace algún tiempo, Chesterton encontró la solución del problema del hombre y del problema de la vida. Y con su alegría deslumbrante de gordo, se divierte infinitamente exponiendo este problema como una adivinanza a sus contemporáneos. (...) Sólo él tiene la solución en el bolsillo y saborea el placer de sacarla de improviso para revelarla a sus contrincantes que lo miran con ojos asombrados, como miran los chicos al prestidigitador que saca un par de conejos de su galera de felpa. (...) Chesterton ha hecho del buen humor un sistema, o mejor dicho, lo ha encontrado en la teología católica. En la teología, y no en la religión. Porque la religión, cuando no es más que un sentimiento más o menos vago, puede manifestarse de muchas maneras, incluso en la melancolía. Pero cuando tiene sus raíces sólidamente clavadas en el dogma, es una fuente inagotable de alegría. Sólo la religión produce esa alegría desconcertante de los santos, reflejo de la alegría infinita de Dios" (9).

Complemento de Chesterton y formando un todo con él, como los dos filos de una espada, Belloc realizó en el campo de la historia —tan cara a los ingleses y fuente principal de los prejuicios antipapistas— lo que Chesterton en el de la polémica. Como Newman, como Chesterton mismo, Belloc demostró con cien libros que Europa es la fe, pero sólo la auténtica fe cristiana que llegó a Inglaterra por el camino de Roma. La revisión total de la historia, iniciada por Belloc y brillantemente seguida por Walsh, Dawson, Holliś, Lewis y tantos otros, obliga cada vez con mayor fuerza a todo inglés de buena fe, a revisar también sus conceptos acerca de la Iglesia católica y de su misma iglesia establecida.

VI. — *La generación de Graham Greene*

Tal vez porque los viejos campeones de la generación del "Chesterbelloc" desbrozaron el camino, la nueva generación no tiene ya necesidad de ensarzarse en polémicas y puede ya dirigirse directamente al gran público hablando reciamente el lenguaje católico —gracia, sacramentos, misterios, predestinación y libertad, liturgia, etc.— con la seguridad de ser entendida e interpretada. Tal es la actitud de los grandes novelistas católicos, como Cronin, Waugh, Marshall, Burt y tantos otros, resumidos en la figura estelar de Graham Greene. En las obras de estos autores aparece ya una conciencia religiosa madurada y adaptada a la

(9) — *El Hombre que fue Chesterton*. La Plata, 1950.

realidad circundante que, superado el estadio de aglutinamiento y auto-defensa, se lanza segura al ambiente tumultuoso de la vida y de las pasiones contemporáneas, y enfrenta los problemas del hombre de hoy a la luz inexorable y cruda de la verdad católica. Esta actitud desorienta y a veces escandaliza al lector más o menos piadoso y más o menos timorato de los países tradicionalmente católicos. Pero se comprende trasladándose al ambiente en que viven los católicos ingleses. No olvidemos que son una minoría en un ambiente prácticamente pagano. Si es verdad que el catolicismo crece, no lo es menos que la crisis espiritual se agrava cada día, que el protestantismo declina, el materialismo crece y la conciencia cristiana se diluye, hasta desdibujarse el concepto mismo de bien y de mal. En un clima así, al optimismo un poco romántico de Chesterton, ha sucedido el existencialismo sobrenatural de Graham Greene. En él, como en Evelyn Waugh —y a veces en un tono menor y risueño en Bruce Marshall o Michael Burt—, el católico aparece frente al mundo moderno tal cual es, en su frecuentemente mediocre realidad espiritual y humana, pero con la marca indeleble y deslumbrante de una realidad misteriosa —el carácter sacramental, la gracia santificante, la vocación a la santidad— que lo distingue del resto del mundo y da un sentido, el único posible, a la vida. En la cuasi demostración de la realidad sobrenatural de la gracia y de su papel decisivo en el drama de la libertad y del destino humano, está el mensaje de estos grandes escritores convertidos a la Inglaterra de su tiempo. Claro está que la misma claridad de una fe recién encontrada y un conocimiento íntimo del ambiente circundante, les permite medir perfectamente la distancia incommensurable entre el ideal cristiano y la realidad de la vida contemporánea. Y muchas veces no encuentran manera mejor para sacudir a sus contemporáneos que contraponer bruscamente luces y sombras, en una forma chocante para nosotros que, en los países católicos, nos hemos acostumbrado demasiado a la comodidad de un catolicismo de compromiso, y a quienes la persistencia de un andamiaje social cristiano, nos consuela fácilmente de numerosas deficiencias doctrinales y morales. (Lo que Chesterton procuraba con la paradoja —“la verdad patas arriba para llamar la atención”—, Graham Greene o Evelyn Waugh lo buscan con sus duras descripciones, en que es ahora la moral —la vida— la que aparece patas arriba para llamar la atención...) Pero en un juego vivo de luces y sombras, es más fácil encontrar el camino que a través de la niebla y la penumbra. En Inglaterra, como en todas partes, se debaten hoy los problemas fundamentales de Cristo o el Demonio, del todo o la nada. Los católicos tienen conciencia de eso, y lanzan señales luminosas en la noche, con las que cada día atraen en mayor número a sus compatriotas al puerto de la fe.

Para cuantos pulsán el resurgir del catolicismo en el mundo, la vitalidad pujante de la Iglesia Católica en Inglaterra, es fundado motivo de aliento, de alegría y de esperanza.

CONCLUSIONES APROBADAS EN EL V CONGRESO INTERAMERICANO DE EDUCACION CATOLICA DE LA HABANA

Comisión I

I. — *El Maestro ideal*

1) Nuestro ideal sobre la persona del maestro es el ideal de perfección humana y cristiana. El Divino Maestro Jesucristo N. S. Es por consiguiente, el

Notas

mejor y más perfecto maestro cristiano, aquél que más siga tan excelente modelo.

2) Rechazamos las concepciones del maestro propugnadas por el socialismo, el comunismo, el naturalismo, el estatismo nacionalista y el individualismo, porque rebajan la dignidad de la persona humana y deforman el concepto cristiano del maestro.

3) Cualidad importantísima del maestro cristiano es su intenso espíritu sobrenatural, manifestado en su vida de fe, apostolado y amor a su misión.

4) Dado el influjo avasallador del buen ejemplo, debe el educador ser modelo viviente de las virtudes cristianas y naturales. De especial importancia son: la constancia en el cumplimiento de su deber, la justicia y amor hacia sus educandos.

5) Debe tener el maestro la capacidad intelectual suficiente para adquirir los conocimientos inherentes a su profesión, así como un buen juicio práctico.

6) Como la tarea del educador implica una íntima relación con sus alumnos y una preparación de éstos para sus propias relaciones con los demás, es cualidad indispensable en todo educador el poseer un verdadero y permanente control emocional.

7) Cualidad básica del maestro es también una profunda orientación social que le lleve a comprender, simpatizar, interesarse, sacrificarse por sus educandos. Esta orientación comprende así mismo influir sobre el educando para hacerle sentir los problemas sociales contemporáneos y amar la doctrina social de la Iglesia, única solución posible de ellos.

8) Debe el maestro poseer una adecuada competencia profesional, que se reflejará:

a) Aptitud para enseñar,

b) Capacidad para despertar en el alumno el interés y entusiasmo por los valores culturales y para suscitar en él ideales de superación,

c) Habilidad para orientar a los educandos, capacitándolos, gradual y prudentemente, para que puedan por sí mismos solucionar sus problemas.

9) El educador finalmente deberá poseer la salud y cualidades físicas necesarias para el eficaz cumplimiento de sus labores profesionales y el decoro exterior que corresponde a su dignidad.

II. — Selección del maestro

10) Es deseable emplear en la selección del futuro maestro las mejores técnicas modernas de evaluación.

11) Consideramos conveniente someter al maestro a un período de prueba antes de su aceptación definitiva.

Notas

12) Dada la complejidad de las técnicas empleadas hoy en la selección de personal, se pide a la VII Comisión la formación de un Comité Permanente que estudie científicamente el problema. Este Comité después de consultar a las Federaciones Nacionales sobre el asunto, dará en un plazo máximo de 6 meses un informe al respecto.

III. — *El profesor seglar*

13) Debe haber una selección esmerada en la designación del profesor seglar.

14) Los colegios católicos aseguren al profesor seglar el salario, las ventajas y las prestaciones que reclama la justicia social cristiana.

15) Debe el profesor seglar, una vez incorporado el establecimiento, ser considerado como un colaborador de alta importancia y de carácter permanente.

16) Es necesario hacerle sentir que es parte integrante de la institución docente. Por lo tanto debe intervenir activamente en las labores pedagógicas.

17) Es necesario que los establecimientos educacionales proporcionen a sus profesores seglares todas las oportunidades posibles para su perfeccionamiento cultural y sobrenatural.

Comisión II

I. — *El maestro de enseñanza pre-escolar*

1) El maestro de enseñanza pre-escolar deberá poseer por lo menos los conocimientos de cultura general que se imparten en el primer ciclo de la enseñanza secundaria.

2) Como equipo de especialización, el maestro de enseñanza pre-escolar deberá poseer conocimientos suficientes en psicología general e infantil, anatomía, fisiología e higiene, psicología, organización de ocupaciones y juegos, música, dibujo, trabajos manuales, literatura infantil y arte de narrar. Además se le debe exigir prácticas supervisadas.

II. — *El maestro de enseñanza primaria*

3) El maestro de enseñanza primaria deberá poseer conocimientos suficientes en ciencias de relación humana, como filosofía, psicología, religión y ciencia social.

4) Asimismo deberá conocer la lengua patria con perfección, la historia, geografía, ciencias físico-químicas, naturales, matemáticas y bellas artes.

5) Como conocimientos propios de su profesión ha de poseer la pedagogía, metodología, legislación y administración escolares.

6) Es indispensable para el maestro de primaria la práctica escolar supervisada.

Notas

III. — Profesor de enseñanza secundaria

7) El Profesor de enseñanza secundaria deberá ser graduado universitario o normalista superior, poseer amplia formación humanística, y enseñar las asignaturas para las que le capacite su especialización académica.

8) Deberá poseer conocimientos suficientes en pedagogía y conocer a fondo la didáctica de su especialidad.

9) Además deberán poseer todos los profesores un conocimiento adecuado de la religión católica y vivir vida cristiana ejemplar.

10) El maestro católico deberá poseer un conocimiento profundo de la historia, la literatura, la geografía, las tradiciones y el folklore nacionales; asimismo deberá conocer el ambiente social, problemas y realizaciones del país donde trabaje. De esta manera quedará capacitado para inspirar a sus alumnos un auténtico y noble amor a la patria.

Comisión III

Equipo filosófico del educador

1) Todo educador necesita una sólida formación filosófica, desde un doble punto de vista, a saber: para su propia formación personal y para el ejercicio de su magisterio.

2) Todo educador debe conocer en su totalidad la filosofía perenne o tradicional: el de primaria, al menos en sus tesis fundamentales; el de secundaria, de modo que pueda demostrarlas y defenderlas; y el de universidad, profundizando además aquellos aspectos pertinentes a su cátedra.

3) El educador católico debe conocer la filosofía de la educación, de manera proporcionada al nivel de sus enseñanzas; inspirar en sus principios toda su actividad educacional y procurar estar al día en los avances de esta ciencia.

4) Para la integridad de su formación filosófica, el educador necesita sólidos conocimientos religiosos, científicos y literarios.

5) Los educadores católicos deben conocer y rechazar los errores del naturalismo y del marxismo materialista, que amenazan invadir el campo de la educación católica.

6) En la formación y elección de sus profesores de filosofía, pongan sumo esmero los centros de formación de maestros en guardar las prescripciones del derecho canónico y las recientes disposiciones de la Santa Sede.

7) El V Congreso Interamericano de Educación Católica recomienda a las universidades católicas y escuelas normales que en sus programas de estudios incluyan un sólido curso de formación filosófica. Pide asimismo respetuosamente a los Excmos. Sres. Obispos y Superiores Religiosos cedan generosamente a sus

Notas

súbditos cuando sean solicitados para la docencia de la filosofía en los centros de formación de maestros.

8) Elaboren y propaguen las Confederaciones Católicas de América programas y textos de filosofía perenne o tradicional, de filosofía de la educación, de la historia de la filosofía y de la pedagogía, adaptados a los diversos niveles de la enseñanza, y trabajen por hacer incluir estos programas en los planes oficiales de estudio y para que se reconozcan también como oficiales los textos por ellos elaborados.

9) Promuevan las Federaciones Nacionales, cursos de vacaciones para la capacitación filosófica de los maestros.

10) Familiarícense los profesores con las Encíclicas y Directivas Pontificias, de preferencia: *Divini Illius Magistri*, *Divini Redemptoris* (marzo 19, 1937); *Non abbiamo bisogno*, (junio 29, 1931); *Mit Brennender Sorge*, (marzo 14, 1937) y *Humani Generis* (agosto 12, 1950), en las que, con sólidas razones filosóficas, se condenan los errores del materialismo, idealismo, nacionalismo, socialismo, relativismo y existencialismo ateo.

Comisión IV Equipo técnico-pedagógico

Considerando:

- 1) La responsabilidad de los educadores católicos en la formación integral de sus alumnos;
- 2) Que esta formación integral no se puede llevar a cabo si no se posee una sólida formación pedagógica;
- 3) Que la Santa Sede ha expresado en repetidas ocasiones el deseo de que los educadores católicos posean la capacitación correspondiente;

Acuerda:

- 1) Pedir respetuosamente a las autoridades eclesiásticas y recomendar a los superiores de órdenes y congregaciones religiosas, que a los sacerdotes y religiosos que se han de dedicar a la enseñanza se les dé toda clase de facilidades para hacer la carrera correspondiente antes de emprender el magisterio.
- 2) El educador católico deberá persuadirse de que la noble misión a que está dedicado exige de él continuo esfuerzo de preparación y estudio a lo largo de toda la vida. Para facilitar el perfeccionamiento pedagógico de los educadores, la C.I.E.C. y las Federaciones Nacionales organizarán cursos de post-graduados.
- 3) Organícense cursos de capacitación pedagógica para aquellos maestros en ejercicio que no hayan podido tener cursos completos de pedagogía en las escuelas normales ordinarias.

Notas

Cultura general y especialización

4) El maestro y profesor católico procurará conjugar la especialización a que se dedique dentro del magisterio con una sólida formación general y con una vasta cultura humanística.

Tradición y modernidad

5) El educador católico procurará afianzar su magisterio sobre los principios y espíritu de la tradición cristiana; pero de las corrientes modernas se esforzará por incorporar todo aquello que signifique un positivo avance en cuanto al conocimiento del niño, y a la técnica y procedimientos generales de la enseñanza.

Pre-primaria

6) Dada la importancia de la Educación Pre-primaria, se aconseja la formación de Escuelas Normales especiales para la formación de maestros de esta rama; donde ello no fuere posible, organicense, al menos, cursos especiales de pre-primaria, tanto para las maestras graduadas en Escuelas Normales generales, como para aquellas que posean el grado de bachillerato.

Contenido

7) Dentro de la carrera de magisterio, la religión debe ser el principio integrador de todas las asignaturas. Destáquese, especialmente, la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo, como fecunda fuente de integración, tanto para la vida personal como para la vida social.

8) Todo educador católico —aunque no haya hecho su carrera en escuelas normales o institutos pedagógicos— deberá poseer básicos conocimientos de psicología evolutiva, de psicología pedagógica, de caracteriología aplicada a la educación, de pedagogía experimental y nociones generales de psicopatología y orientación profesional.

9) En las escuelas normales católicas deberán establecerse cursos sobre escuela tradicional y escuela nueva comparadas; igualmente, acerca de las doctrinas y prácticas psico-analíticas.

10) A fin de asegurar la organización técnica de nuestros colegios, el educador deberá estar al corriente de la legislación, tanto nacional como extranjera, en materia de educación, así como de los principios y normas de la administración escolar.

11) Dada la irradiación social que debe ejercer el colegio católico, el maestro procurará poseer sólidos conocimientos de sociología general y sociología educativa y deberá estar en íntimo contacto con los problemas ambientales que rodean a la niñez y juventud de nuestro tiempo.

Encuestas

12) Promuévase, a través de los organismos de la CIEC, estudios acerca

Notes

de la adolescencia, utilizándose para ello el sistema de encuestas-cuestionarios, cuyos resultados se publiquen en la revista de educación.

Acerca del psicólogo escolar

13) Las congregaciones religiosas y demás instituciones dedicadas a la docencia destinen algunos de sus miembros a recibir una preparación especializada en psicología aplicada mediante la cual se capaciten para ejercer eficazmente el cargo de psicólogos escolares, especialmente en lo que se refiere a la organización de un programa de guía personal y orientación profesional de los alumnos.

14) En todo colegio, o, mientras esto no fuere posible, en cada federación o grupos de colegios, haya por lo menos un psicólogo escolar, que esté libre de las labores docentes ordinarias para que pueda dedicarse por entero a la investigación de los casos de desajuste escolar y a la orientación de todos los estudiantes hacia su futura carrera, poniendo de este modo las más modernas técnicas de la ciencia aplicada al servicio del maestro, del director espiritual, de las autoridades del colegio y del alumno.

15) Las universidades católicas y los centros católicos de estudios superiores se preocupen por crear departamentos de psicología, o al menos por incluir en sus escuelas de filosofía, pedagogía o humanidades, un número de cursos de psicología suficientemente amplios, como para facilitar la debida preparación a todos aquellos que deseen trabajar como psicólogos escolares.

Comisión V

Formación técnico-religiosa del profesor de religión

Considerando:

- 1) Que al profesor de religión se le debe exigir tanto o más que a cualquier otro profesor;
- 2) Que la religión es la disciplina que, por una parte, debe hacerse más amable y por otra, ejercer una influencia esencial y duradera;
- 3) Que la instrucción religiosa y moral, de acuerdo con el canon 1372, (párrafo N^o 1), ha de ocupar el primer lugar en la educación desde la primera infancia;
- 4) Dado finalmente que, la religión trasciende a todos los demás temas, y actualmente, es atacada, principalmente por el naturalismo relativista, el comunismo y algunas sectas protestantes;

Acuerda:

- 1) El maestro de religión debe tener conciencia de que es la proyección de la iglesia en las escuelas y colegios y de que ha recibido una verdadera misión por parte de Cristo mediante el ordinario o el superior que le envía.

Notas

2) No podría ser un excelente profesor de religión, quien no viviese de la gracia y del amor sobrenatural a los alumnos, siendo para ellos, modelo y ejemplo en el actuar y el saber.

3) Consideramos indispensable que la formación moral, intelectual y sobrenatural del profesor de religión, sea de tal profundidad que haga de él no un vulgarizador, sino un profesional de la enseñanza religiosa.

4) El profesor excelente de religión debe poseer necesariamente conocimientos serios en las siguientes disciplinas: teología dogmática, teología moral, sagrada escritura, apologética, historia eclesiástica, liturgia, ascética, pedagogía, psicología y dominio del idioma del alumno, todo ello saturado por el doble espíritu de sabiduría y celo apostólico.

5) El profesor de religión debe conocer los mejores métodos para lograr en la enseñanza de la religión, que el Santo Evangelio sea conocido y divulgado entre sus alumnos de manera que llegue a ser estimado como base fundamental de la formación cristiana.

6) El profesor de religión debe estar plenamente instruido en las doctrinas y experiencias pedagógicas de actualidad, para aplicar lo mejor de ellas a la enseñanza religiosa que debe impartir, esforzándose porque la religión que se aprende en teoría se lleve después a la práctica.

7) Que en aquellas congregaciones religiosas en que no se ha podido poner en vigencia el decreto que la Sagrada Congregación de Religiosos dió el 25 de noviembre de 1929, trate de llevarse a la práctica, sobre todo, en su apartado 2º en que insiste en la formación pedagógica.

8) Que la CIEC, trate de favorecer por todos los medios, la formación técnica de profesores de religión, con ayuda de las universidades católicas, escuelas normales o establecimientos de cultura religiosa superior que impartan títulos de capacitación, reconocidos, no sólo eclesiástica sino civilmente.

9) Se encomia y recomienda la organización periódica de círculos o semanas de estudios de catequesis y pedagogía religiosa, lo mismo que cursillos de vacaciones y exposiciones de material catequístico.

10) Es fundamental para la vida religiosa más intensa y práctica de las alumnas de colegios católicos el que se den cursillos especiales para religiosas que puedan atender a los problemas de su alumnado.

11) Estimamos muy conveniente urgir la vigilancia de la clase de religión en los colegios al tenor de los cánones 1381 y 1382.

12) Se recomienda encarecidamente haya en todas las normales, universidades, seminarios, casas de formación, etc., cátedra de sociología cristiana; se procure la implantación de un manual de doctrina social católica; y se organicen cursillos de formación social para los profesores a fin de que éstos puedan dar a

sus alumnos la educación social tan ampliamente recomendada por el IV CIEC (Río de Janeiro).

13) Se encarece la participación de los maestros en asociaciones católicas que les hagan vivir las soluciones social-cristianas y les hagan conocer el funcionamiento de las organizaciones obreras.

Apéndice a las conclusiones de la Comisión V

Formación cinematográfica

1) Que los educadores cristianos, seriamente interesados "en los problemas que el cine plantea a nuestra conciencia profesional", nos esforcemos por adquirir aquella cultura cinematográfica que deseamos impartir a nuestros alumnos.

2) Que en cada centro docente se nombre un responsable de la educación cinematográfica, la cual educación consistirá en enseñar al espectador de cine, a conocer y apreciar los valores éticos, estéticos y técnicos del cine, dándose facilidades para la asistencia, a los educadores, según las conveniencias de cada diócesis y casa religiosa; suponiendo siempre que se guarden las cautelas debidas en el orden moral.

3) Que en cada país, la federación de colegios católicos, labore por establecer el cine club estudiantil.

Comisión VI

1) El V Congreso Interamericano, desea y urge que se ponga todo el empeño posible por parte de los directores de colegios y superiores religiosos para que todos los maestros que de ellos dependan estén provistos de títulos académicos oficialmente reconocidos, por exigirlo así el prestigio de la educación católica y el buen nombre de nuestras instituciones docentes y como muestra pública y oficial de acatamiento de las normas emanadas de la Santa Sede, recopiladas y enviadas especialmente a este Congreso por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades de estudios.

2) El V Congreso Interamericano desea y urge que se ponga todo empeño en establecer en cada nación conforme a los deseos de la Santa Sede, centros de cultura superior, universidades católicas, escuelas normales católicas y centros de especialización para la formación y expedición de los títulos correspondientes.

3) La CIEC urge a los directores de colegios que den preferencia al profesorado titulado y especializado.

4) La CIEC pide a las federaciones nacionales que organicen cursos de vacaciones con valor oficial, a ser posible.